

ALASKA, HEIDEGGER Y LOS PEGAMOIDES.

En torno a la Movida madrileña de los 80, con tono culturalista

INCIPIT.

Dice Gianni VATTIMO, que es el pensador occidental vivo que mejor nos conoce, que Madrid podría ser declarada capital del siglo XX. (Habermas, otro de los filósofos actuales que piensan, vino al Congreso de los Diputados de Madrid en los tiempos en que éste hervía - aunque ya a fuego lento: 1984-, dio su conferencia, se largó y no fue capaz de retratar a la tierra del chotis con alguna frase semejante: ni se enteró de la "movida"; ya se sabe que el sitio menos representativo de una nación es su Cámara de Representantes). Recuerda Vattimo que el París decimonónico (cuesta trabajo en castellano utilizar el calificativo "decimonónico" sin que suene peyorativo) arremolinaba a su alrededor de tal modo lo más significativo del siglo (revolucionarismos, positivismos, realismos, naturalismos, impresionismos...: en fin, casi todos los ismos que vinieron antes de *los Ismos*) que Benjamin consideró que el título de capital del siglo XIX no podía sino ir a parar a las orillas del Sena. Y arguye Vattimo que, a su parecer, el Madrid de los 80 concentraba entre su asfalto y su *smog* con tal pureza las esencias de la tardomodernidad, que merecía tomar el relevo a los parisinos como capital del siglo postindustrial, del siglo XX.

Me gustaría discutir aquí esta tesis de Vattimo (cuesta trabajo en castellano emplear la palabra "discutir" sin que suene agresiva: en realidad lo que quiero es corroborarla y desarrollarla). Pues el pensador turinés la explica apenas más detalladamente de lo que he hecho yo al transmitirla en el primer párrafo. Cuando el pasado verano estuve con él en el Piamonte le pregunté por qué esa manía suya de dejar sin desarrollar muchas de sus ideas más sugestivas, que si ése no era uno de las debilidades más **fuertes** del *pensamiento débil*. Él me respondió que ya las desarrollaría.

Y movió las manos de ese modo en que las mueven los italianos. Claro.

I

En mi opinión, la clave que convirtió a PARÍS en la capital del siglo XIX no residió tanto en Comte, Zola, Manet, o Luis

Prólogo español a
"La sociedad
transparente".

"El fin de una utopía",
El País, 9-XII-84

Proyecto en
Manuscritos: "París,
capital del siglo XIX"

Conversación privada

Primera exposición
impresionista

J.-L. David

Georges Lefebvre,
La revolución francesa
y el Imperio.

Felipe, ni en 1830, 1848 o 1874; sino en 1789 y sus Robespierre, Sieyès, Babeuf, Danton o Marat. Ya sabemos que a veces algunos siglos llegan antes de tiempo, mientras que otros retrasan en exceso su partida. El XIX llegó en 1789, pronto, como los inquietos sietemesinos, y como los sietemesinos llegó tan endeble que tempranamente ya pareció fenecer. Sólo a un acceso morboso podía asemejarse la coronación del emperador Bonaparte en 1804 con papa *voyeur* incluido: en quince años había pasado Francia de gustar una revolución y república a saborear las primicias de un golpe de estado moderno y de un *revival* de imperio à *l'ancien régime*. ¿Era aquello realmente el inicio del "siglo de la libertad", o todo continuaba siendo despotismo ilustrado dieciochesco desnudo de rancias realezas y maquillado con el militarismo napoleónico?

Mas, para bien o para mal, el siglo XIX sí que había realmente empezado, y muy pronto el sietemesino daría muestras de su capacidad de recuperación. Napoleón no era un emperador como los otros: sus ideas eran más las de Robespierre (terror excluido, egocentrismo incluido) que las de sus coetáneos Alejandro I o Francisco I, algo que éstos no tardarían en percibir e intentar remediar. Las ideas del XIX empezaron a bullir. Hasta el final del siglo, Europa se puso a favor o en contra de la revolución parisina que la había parido, fue revolucionaria o historicista en arte, literatura y filosofía, tomó partido por imperialistas, monárquicos, girondinos, jacobinos o demócratas, se miró en París o escupió hacia París. Y así se hizo Lutecia capital del siglo XIX. Hasta el final del siglo, en 1917. Ya sabemos que a veces algunos siglos llegan antes de tiempo, mientras que otros retrasan en exceso su partida.

//

Si una **REVOLUCIÓN** logró que París fuese capital del XIX, otra ha de ser la revolución que haga de Madrid la del XX. En realidad, esa revolución nos llegará a finales del XX: nuestra tesis es que tal revolución es la de los 80 madrileños. Así que corregiremos, para empezar, levemente la idea de Vattimo: Madrid no es capital del XX sino del XXI. Su revolución no marca la pauta de un siglo XX al que llega cuando ya es caduco, sino que preludia el ritmo de un XXI del que engendra los primogénitos.

Pero antes de la revolución madrileña hubo otras dos revoluciones, respectivamente abuela y madre (antepasadas al fin y al cabo) de la de la ribera del Manzanares. La primera es la de 1917, la que inicia el siglo XX. Lo inicia ella y una guerra mundial que de comadrona le sirve. El parto es en Petrogrado, ciudad que cambiará de nombre como ocurre con los nacimientos de verdad, los bautismales. Pero el epicentro final fue Moscú. ¿Será éste la capital del siglo XX? Arriesgada tal

S. Huntington, El
choque de
civilizaciones.

aseveración. Toda capital tiene su segundona recelosa, su sosia rival. Madrid cuenta con su Barcelona, Roma con su Milán, Edimburgo con su Glasgow, NYC con LA. Moscú, si fue capital del XX, tuvo como contra-capital a Washington, y antes, aún peor, al esvástico Berlín. En cualquier caso, el siglo XX *bipolar*, militarista, estatalista, populista (venden ahora por ahí una colección de vídeos llamando al XX el siglo "del pueblo"), tiene en Moscú una de sus capitales. Y será sólo cuando se eleve otro siglo, el XXI, y otra capital, Madrid, cuando caigan Moscú y el XX y el Muro de Berlín. La revolución nieta mata a su abuela. ¿Podría Freud haber explicado aquí un complejo de Electra tan extraño?

Porque la madre de la revolución madrileña, la que la aleja y la une al 17, es otra revolución, la californiana-parisino-praguense del 68. A la cual, en el fondo, también mató la revolución madrileña, que resulta ser una Electra muy sanguinaria que comete matricidio y avicidio a la vez.

Pero vayamos narrando paso a paso cómo transcurrieron los hechos por los que acusamos a esta doble parricida, señores del jurado.

///

Cada revolución escoge **UN FILÓSOFO, UN ARTE Y UNA CIUDAD**. Algunas escogen más de un ejemplar de cada especie.

La revolución francesa es filosóficamente la revolución de los Rousseau, Montesquieu, Voltaire... Incluso de Sieyès, igualmente fervoroso cuando tiene que escribir un panfleto prorrevolucionario desde su abadía, que cuando ha de purgar un censo electoral que favorezca a su compañero de consulado Napoleón. Incluso de Hegel, que llegó un poco tarde pero se quiso también apuntar. Incluso de Fichte, otro propagandista retrasado. La ciudad ya sabemos que fue París, y que sólo por eso se hizo capital (punto de mira) del XIX. Y el arte de los revolucionarios de la Bastilla y sucesores/sucedáneos fue sin duda la pintura. Es la Historia de la Pintura la que mejor nos ha mostrado cuál era el ambiente de los Estados Generales, qué libertad dirigió al pueblo, cómo se suicidó Marat, por qué la guillotina produjo Terror. Pocas cosas hay que me hagan más reciamente reparar en lo que significó la revolución parisina que esos calendarios ilustrados con los nuevos meses del año revolucionario: Brumario y las brumas, Termidor y el sol, Vendimario y las uvas recién cosechadas... La Revolución fue efecto de la Ilustración, e ilustración es también sinónimo de pintura. Los *philosophes* y los revolucionarios quisieron empezar el siglo XIX para aclarar (*aufklären* en alemán, y de ahí *Aufklärung*, "Ilustración") los mecanismos de poder de la sociedad, hacerlos transparentes para la racionalidad ya adulta y sumisos a ella, con la misma transparencia y sumisión a su tema de los cuadros de David.

¿Qué es el Tercer
Estado?

Fenomenología del
Espíritu.
Consideraciones
destinadas a rectificar
los juicios del público
sobre la Revolución
Francesa

C. Monet
E. Delacroix
J.-L. David
C.L. Muller

I. Kant, ¿Qué es
Ilustración?

El contrato social

Aquello era soberanía para la racionalidad antes que para el pueblo: la estatua de la diosa que los revolucionarios erigieron no representaba al Populacho, sino a la Razón, que ya había advertido Rousseau que la soberanía "popular" de que él hablaba no siempre (o casi nunca) era igual a la decisión de la mayoría. El ilustrado ilustra y los demás aprenden de él, al modo en que el ilustrador ilustra y los espectadores contemplan. La Ilustración es Pintura.

"Cada uno en su sitio", tal cosa es lo que siempre ha dicho la Razón. Y lo ha dicho quedándose ella en el pedestal al que la dejamos subir para opinar. Un pedestal que sólo Nietzsche volcará sin tratar de repartir el pódium con el resto de aspirantes al título (Religión, Tradición, Sentimentalidad). Nietzsche y, tal vez, Marx.

La revolución del 17 es la que elige precisamente a Marx como filósofo, aderezado con leninistas hipótesis *ad hoc*. Petrogrado (luego *Leningrado*) y Moscú (que 100 años antes se había suicidado para derrotar al *enfant terrible* del París decimonónico, Bonaparte) son sus capitales. Su arte, más que un arte, es un estilo, el *Kitsch*. Como los comunistas están en contra de la división de clases, nada de elites entre la Bellas Artes: todas igual de feas, todas igual de *Kitsch*. Los moscovitas denuncian a París por el **engaño** del despotismo ilustrado y su gemela la democracia liberal representativa ("todo para el pueblo, sin el pueblo" significa en el fondo "todo para la clase gobernante"), y deciden prohibir todos los fraudes, todas las mentiras, todas las ficciones: casi casi también la ficción del arte, sólo admitido cuando es tan feo como la realidad. Asombroso es que en la izquierda occidental se tardase tanto en percibir el horror del comunismo, cuando su arte tan horroroso se presentaba como réplica exacta de la "sociedad sin clases".

Quizá fue, por tanto, en una muestra de arte soviético donde algún estudiante alemán, parisino, californiano o checo, deteniéndose ante alguna de las cursilerías expuestas, cayó en la cuenta de lo feo que era aquello. Y en ese preciso instante nació la revolución del 68. En ella la izquierda (los revolucionarios de siempre, desde el 1789 que le dio nombre) rechaza por fin las mentiras del realismo moscovita, sin recaer en los brazos guillotinales de la democracia formal *à la parisienne*. Por primera vez la revolución se hace en nombre de la multiplicidad ("*La imaginación al poder*") y por ello la capitalidad en este cenit del siglo XX es pluricéfala: Praga, Berkeley, París, Berlín, acaso Ibiza, acaso Amsterdam, acaso Roma (en su Concilio, la Iglesia Católica reconocía pluralistamente por primera vez no tener ella sola toda la Verdad). También el arte de la revolución es poliédrico, con privilegio de aquellas especialidades que sean diletantes y jóvenes como jóvenes y estudiantes

M. Kundera, *La insoportable levedad del ser.*

Platón, *La República.*
G. Lukacs, *Estética.*

Declaración del PCUS,
1932

Unitatis Redintegratio,
Gaudium et Spes

son los que la revolución emprenden: la música *pop*, las óperas *rock*, los experimentalismos, y esas sustancias de activación *estética* (en su sentido etimológico de "sensorial") que aún apenas ninguna Estética reconoce: las drogas, los sueños, la imaginación, la sexualidad. El pluralismo del 68 nos enseñó que si de verdad queremos dejar de mentir, hay que dejar de hablar sobre el Todo. En ello fue revolucionaria entre sus colegas las revoluciones, siempre tan ansiosas de ofrecernos la clave de la totalidad. También fue revolucionaria porque por primera vez una revolución no traicionó los más atractivos de sus ideales al llegar al poder, y lo hizo RENUNCIANDO a llegar al PODER, concepto central de su crítica anarcoide. Sus enemigos, que sólo demuestran así su refinada maldad o su burda estupidez, vieron y ven en esta coherencia el fracaso de aquellos revolucionarios.

¿Refinada maldad o burda estupidez?

IV

Continuemos empleando el esquema de filósofo-ciudad-arte para entender ahora la revolución que más nos preocupa, la de **LOS 80 MADRILEÑOS**, la de la Movida. Empecemos con lo del filósofo.

¿A qué dinosaurio del pensamiento académico escogeremos como prócer de nuestra revolución? La pregunta es tan ardua que nos inclina a dar de nuevo la razón a Vattimo, cuando supone que si queremos ojear por dónde van los vientos de nuestra época, más nos vale mirar hacia las artes y las estéticas que hacia las filosofías y los filósofos. A tal aserto no le vamos a pedir que enuncie una verdad universal y eterna: pero creo que al menos fue válido en Madrid entre 1978 y 1985, la época que la mayoría coinciden en señalar como ápice de la Movida. Pues, si imaginamos que, gracias a una máquina del tiempo wellsiana, se nos permitiera entrar en cualquier librería madrileña de cualquiera de aquellos años, para adquirir cualquiera de las últimas novedades de la producción filosófica nacional, ¿qué nos pondría el simpático librero entre las manos? Quizá algún Julián Marías, o algún Laín Entralgo (¿su *Antropología médica para clínicos* del 84?), o algo de Aranguren (¿sus *Propuestas morales* del 83?), o de González de Cardedal (¿qué tal *El poder y la conciencia*, recién Premio Espasa de Ensayo?). Todas ellas obras quizá muy sustantivas, quizá muy estimables, pero cuyo parecido con cualquier realidad de las que aquella noche pudiéramos ver en la sala Rock-Ola (la "Bastilla" de la revolución madrileña) o de las que podríamos escuchar en cualquier *single* de *Kaka de Luxe*, es simple y asombrosa casualidad. A

F. Savater, *Panfleto contra el Todo*.

H. Marcuse, *El fin de la utopía*

D. Cohn-Bendit

Utopías y heterotopías.

M. Trillo, J. Memba, *Historia de la Democracia*.

El ser y el tiempo

don Julián, don Pedro, don José Luis y don Olegario les atraía aún demasiado el incienso de la *philosophia perennis* como para entender la época del hallazgo de la *caducidad* (la cual no es sino la finitud descubierta por don Martin -Heidegger- 50 años antes, pero escrita en el idioma de las bolsas de patatas fritas).

F. Franco, obispos
Olaechea, Domènech,
Pla y Deniel, Gomá,
Papa Pablo VI

Con un poco de suerte, empero, el librero de esa librería-años 80 en que imaginativamente nos encontramos, no se dejará guiar por el runruneo de los nombres que lleva tan oídos en los años de después de la *Cruzada*, y todo postmoderno él, nos propondrá sonriente otros volúmenes entre las manos: el *Sobre vivir* de un Savater, "que vende mucho", o *Lo bello y lo siniestro* de Trías ("bonito título, ¿no?"), o *Las metopías* de Rubert de Ventós, "ese senador catalán". Obras todas ellas ciertamente más orientativas sobre lo que veremos esta noche hacer a *Alaska y los Pegamoides* o a *Glutamato Ye-yé*. Como también lo serían otros escritos de Cueto, de J. Jiménez, de Sádaba, o algún bando del filósofo-alcalde (postmoderna adaptación del platónico rey-filósofo) Tierno Galván. E incluso de Carlos Díaz, carroza ideológico tan certero que en todo lo que no le place cabe detectar visos de auténtica modernidad.

La República

La última filosofía
española, Nihilismo y
estética

Pero, en cualquier caso, nada como la experiencias estéticas que nos pudieran proporcionar Félix Rotaeta o Pedro Almodóvar (en la sala de cine), Ceesepe, El Hortelano o Costus (en la exposición de pintura), García-Alix, Miguel Trillo o Ouka Lele (en otra exposición, pero ésta de fotografía), y, por no alejarnos de la letra impresa, las publicaciones de PREMAMA (Prensa Marginal Madrileña) *Madrid Me Mata*, *Kaka de Luxe*, *Bazofia*, *La Luna de Madrid...* en fin, todas esas experiencias, especialmente si las sondeamos vestidos por Antonio Alvarado, Jesús del Pozo, Ágatha Ruiz de la Prada o Paco Casado, serán mucho más decisivas para la comprensión del Madrid de la infancia democrática que cualquiera de los libros citados, aunque no fuese la librería en que los adquiriésemos "cualquier librería", sino por ejemplo la Moriarty, una de las más *in* en aquella capital que cortejaba a los *out* en locales *under(-ground)*. Oh, yeahh.

V

Así las cosas, es difícil dar el Premio al Mejor Filósofo de la Movida. No lo es, empero, el darlo a la Mejor Filosofía (casi en ese sentido débil, claro, en que los entrenadores de fútbol hablan de ella).

La revolución de los 80 es la vuelta de tuerca definitiva que desatornilla los engranajes de poder que la del 68 empezó a aflojar. Los 60 se levantaron contra toda metafísica de las certezas (ya vengan del

Partido, el Dios o la Constitución). No será ahí donde los 80 les enmienden la plana. Pero en su antidogmatismo, los 60 conservaban, inconscientemente quizá, dogmatismos varios:

El dogmatismo de la utopía: No creían en utopías definidas y definitivas, describibles como aquellas que nos explican incluso cómo han de estar fabricadas las tazas para el café o qué calles deben diseñar los urbanistas. No sabían mucho de la sociedad por la cual luchaban, sólo sabían que había de ser una sociedad globalmente mejor. Y en esa inocente palabra, “globalmente”, estaba su dogma. Porque, claro, “globalmente” ¿desde qué punto de vista? ¿Para quién? ¿Según qué unidad de medida? Seguían creyendo en un ojo externo e independiente de la sociedad (¿el Ojo de Dios?) , que pudiese mirar a ésta y darle un aprobado o un suspenso, salvarla en el Cielo o condenarla en la Gehenna (muchos de los teóricos del 68 eran judíos: ¿seguían pensando en la implacable justicia del Dios trascendental?). En suma, no creían en utopías concretas pero seguían creyendo en La Utopía, igualito que Moscú, igualito que París.

Madrid, empero, deja de creer en La Utopía. Por eso muchos no la ven como revolución, sino como simple moda o fenómeno culturalista. Pero es que precisamente la raíz de su esencia revolucionaria es que en este caso no se va a las barricadas para luchar por una sociedad (globalmente) mejor. De hecho, sus protagonistas eran jóvenes que habían recibido de la generación anterior sin esfuerzo alguno el giro político de la Transición a la Democracia. En Madrid por lo que se lucha (si es que queremos usar tal palabra) no es por La Utopía sino por las heterotopías, no por crear **Una** sociedad (mejor) sino por crear multitud de otras sociedades, multitud de otros espacios, de otros *topoi* donde cada cual pueda elegir y vivir libremente en el que considere mejor. Multitud de tribus urbanas, multitud de locales nocturnos, multitud de modos de *colocarse* (y “colocarse” ya implica, en su etimología castellana, situarse en **otro lugar**). La pluralidad e imaginación del 68, pero más radical. *Verbigratia*: ya no sólo el monótono amor libre *hippy* rodeados de margaritas y de incienso hindú (y menos aún luchar por una sociedad en que tal amor sea la Nueva Norma), sino eclosión de amores y de libertades: amor transexual, amor *gay*, amor *sadomaso*, amor tradicional, desamor, antiamor, primor. Había algo de monoteísta en la reverencia de los sesentayochescos ante el dios del Amor Libre y Natural de inspiración reichiana. Hubo algo de politeísta en la desdramatización que en la Movida se hizo del sexo, ese sexo que al fin y al cabo quizá ya nunca sea Natural desde que a sus practicantes humanos les enseñó por siempre Prometeo a ser artificiales (milenios antes de la fecundación ídem). En otras palabras: mientras los sesentayochescos cantaban melifluos *All you need is love* (no demasiado lejanos de las “canciones de misa” a que

B.F. Skinner,
Walden Dos.
T. Campanella, *La ciudad del sol*.
H. Marcuse, *El fin de la utopía*.

K. Mannheim,
Ideología y utopía.

G. Vattimo,
Utopías y heterotopías.

M. Trillo, *Historia de la Democracia*

W. Reich, *La revolución sexual*.

The Beatles.

Siniestro Total II: El
regreso

pronto se sumaría), en Madrid se cantó “Al que eyacula Dios le ayuda”.
El Amor-Sexo no era ya ni dogma ni Dios.

El dogmatismo de la política: Hay que tener cuidado: uno empieza haciendo cosas casi inofensivas como creer en la Utopía y acaba nada menos que haciendo política. La revolución del 68 fue una revolución tan politiquera como lo fueron la francesa y la rusa. Poca de la imaginación que predicaban tuvieron ahí. Las mismas huelgas, asambleas, manifestaciones, partidos extraparlamentarios que 179 y 51 años antes, respectivamente. Ya decía Marx que los acontecimientos históricos tendían a darse siempre dos veces, y que la segunda vez lo hacían como farsa de la primera. ¿Imaginó que en realidad podían ser hasta tres las repeticiones -a lo cual le hubiese ayudado el castellano “no hay dos sin tres”? ¿Y, si la segunda vez es ya una farsa, qué es la **tercera**: tragicomedia, melodrama, esperpento?

El 18 de Brumario de
Luis Bonaparte.

Refranero popular.

Los 80 madrileños, en cambio, tuvieron el buen gusto de no convertir las repeticiones en cuatro, número ya excesivo a todas luces. La Movida fue una revolución apolítica, razón por la cual todos los politiqueros jamás le otorgaron el presunto privilegio de llamarla *revolución*. O bien negarán *ad primam* y argüirán que la Movida sí que fue política porque ***Todo es político***, al modo en que otros panteísmos defienden que *Todo es Dios* o que *Todo es agua* o que *Todo es ápeiron*. Raras costumbres intelectuales (¿cómo se explica luego que unas cosas sean “más agua” que otras, por ejemplo lo que hay en una piscina frente a lo que hay en un desierto?).

Spinoza, Tales de
Mileto, Anaximandro.

En la Movida no había ni partidos, ni asambleas, ni secretarios generales, ni pancartas. En la Movida, ya lo hemos dicho, estaban los vagos a los que la democracia y la libertad llegaron sin haber luchado por ellas, y no iban a seguir persiguiéndola una vez ya conseguida. Así que esos vagos se dedicaron sólo a bailar,

Grandes éxitos

Bailando, me paso el día bailando,
y los vecinos mientras tanto
no paran de molestar

que decían *Alaska* y *los Pegamoides*. (El baile, en contra de lo que pudiera parecer, es toda una corriente intelectual de la mayor consistencia, aunque generalmente olvidada. Desde sus orígenes báquicos atraviesa el sufismo derviche y el nietzschenianismo teutón, hasta llegar en nuestros días a Fernando Arrabal, que asegura que él ya sólo escribe libros porque aún no sabe bailar).

Así habló Zarathustra.

Diario 16, 26-XI-97.

Más tarde a la Movida, es cierto, se le unieron políticos (¿dónde no están?) , pero no sé yo si aquello fue una politización de la Movida o más bien una *movidificación* de la Política.

D. Cohn-Bendit,
R. Dutschke,...

De hecho, ningún miembro de la Movida sería luego político, ni teórico político, a diferencia de los sesentayochescos.

Gn 25, 29-34

J. Leguina, Cambio 16
9-VII-84.

De hecho, sólo se apuntaron a la Movida los políticos semidefenestrados: el filósofo-alcalde que ya nunca podría ser presidente (que es lo que él quería, en vez de bailar), los ex intelectuales acomplejados de su plato de lentejas, los que deseaban tomarse una copa después de siglos de lucha contra Franco (quien pese a todo al final murió solito en su camita), los del “contra Franco vivíamos mejor”.

N. Maquiavelo,
El Príncipe

De hecho, cuando la política amenazó seriamente con engullir en su seno la Movida (haciendo lo único que la política sabe hacer, instrumentalizar), la Movida terminó.

K. Löwith, Historia
universal e historia de
la salvación.

El dogmatismo de la revolución: Lo que mejor demuestra que la Movida no fue una revolución más, cargada con sus nuevos dogmas que vender, es que casi nadie (y menos aún sus protagonistas) le concederían el *status* de revolución. Todas las demás revoluciones se sienten muy orgullosas de sí mismas, seguras de que significan un paso adelante en el Progreso/Salvación de la Humanidad, seguras de que luego ya nunca nada será como antes (aunque luego, casi *siempre*, o bien todo sigue igual o bien todos preferirían que así hubiese seguido), seguras de la pegatina que portan en la solapa y que dice: “Soy una revolución”. La Movida, en cambio, nunca se presentó como revolucionaria, nunca se preocupó de una presentación unitaria en sociedad (lo cual tanto hubiese facilitado las cosas a los periodistas), nunca ha reclamado progresos posteriores como hijos legítimos suyos. Fue, pues, una revolucionaria entre las revoluciones. Años después, mientras otros siguen reclamándose nietos herederos de 1789 o de 1917, nadie reclama la herencia de los 80, ni siquiera los que *fueron* los 80. (Al contrario. Así, aseguraba en 1993 Nacho Canut, uno de los Pegamoides: “De la movida madrileña no queda nada, porque no había nada”).

Rock de Lux, III-93.

El secreto para que una revolución no se crea *Revolución* es el mismo que el que evita que un jefe se crea *Jefe*, un genio se crea *Genio* o que un dios se crea *Dios*: el humor. Mientras Robespierre y Stalin y Sauvageot se tomaban muy en serio sus cargos, ningún miembro de la Movida se tomaba demasiado en serio a sí mismo y a su vanidad; era la época del sano escepticismo, el escepticismo sobre sí. ¿Cómo iba a tomarse en serio un grupo musical que se presentaba como *Mari Cruz Soriano y los que le afinan el piano*? ¿Y aquel otro que cantaba “Quieres ser un bote de Colón y salir anunciado por la televisión”? ¿Y aquellos que proponían resucitar el Imperio Español sustituyendo los *McDonald's* por

Nombre originario de
Siniestro Total.
Alaska y los
Pegamoides, Grandes
éxitos.

Los Nikis, *El Imperio
contraataca.*
Ya viene el sol.

Arcipreste de Talavera.
Fernando de Rojas.

Las elegancias de la
lengua latina.
Discurso sobre la
dignidad humana.

F. Márquez, *Historia
de la Democracia.*

Los Ilegales.

C. Berlanga, *Rock
Especial*, III-83.
D. Salvadó, [http://
www.geocities.com/
Vienna/5910/f_entrev.
htm](http://www.geocities.com/Vienna/5910/f_entrev.htm)

D. Salvadó.

N.B. Quintana, *El
Adelanto*, 12-XII-97.
Alaska, El Periódico,
XI-90.

la tortilla de patatas? Incluso los miembros de *Mecano*, más formalitos, dejarían claro que *Me Río de Janeiro*.

La risa, la irreverencia, la burla, aun en las ocasiones en que son sanotas y nada corrosivas, corroen todos los dogmas, todas las estructuras de poder (también el poder “revolucionario”). El humor de *El Corbacho* o de *La Celestina* hicieron más por socavar los cimientos de la Edad Media que todos los pedantes latinajos de un Lorenzo Valla o neocultismos de Della Mirandola. La Risa es incompatible con la Norma, y no por culpa del carácter de la Risa (siempre tan acomodaticia ella), sino porque la Norma a duras penas consigue soportarla. Así se explica también que la revolución madrileña no quisiese imponer nuevas normas. Y que fuese una revolución recordada sobre todo por su **autenticidad**. Porque cuando alguien impone una norma, no hace más que obligar a los demás a un ejercicio de hipocresía: bien porque han de dejar de hacer lo que les gusta (lo que ya hacen), para hacer como que les gusta otra cosa (lo que hacen obedeciendo a la Norma), bien porque, si no se pliegan a la Norma, al menos deben fingir hacerlo, si es que no quieren sufrir el Castigo por no ser Norma-les. La Movida, como no tuvo normas, no tuvo hipócritas.

No sólo no había normas políticamente correctas (se gritaba *Heil Hitler!* por el mero placer de la blasfemia; no como hoy, en que las fáciles proclamas antifascistas pueden convivir con un capitalismo wallstreetiano en la negociación de los contratos); tampoco había normas estéticas (se permitía ser *fan* de Rafaella Carrá sin que hubiese lugar al escándalo por serlo de Plácido Domingo y de la *Village People* a la vez) o éticas (ni la monogamia ni la promiscuidad ni la virginidad eran pecado). No era obligatorio ni resultar siempre transcendente (al modo de los *Siniestro Total* en *Quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos*) ni ser siempre superficial (en la línea de los mismos con su *Ayatollah no me toques la pirola*); ni citar siempre a las redes de Kirchoff como lo hacían *Los Nikis*, ni citar sólo a Poli Díaz y Batman como héroes según el *Top Ten* personal de Alaska; no era preciso vestir el *Kitsch* estafalarario de Paco Clavel ni el *punk* hispano de Olvido Gara; no quedaba mejor decir que a uno le encanta en su versión original el cine polaco que afirmar que se era *fan* de los telediaros. No había normas, *ergo* no había hipocresía. Había risa, *ergo* los hipócritas eran de lo más ridículo.

¿No era eso una revolución?

VI

Sigamos con la caracterización a tres bandas de la revolución del Manzanares. Nos que da por ver cuál fue su arte y cómo fue su **CIUDAD: MADRID**. Vayamos con ésta.

Evidentemente, hay varios madrises, no sólo en fútbol. El Madrid de la Movida es el Madrid que comienza en 1977; nada que ver, pues, con el Madrid de los Austrias o el Madrid de la Plaza de Oriente. En el 77 Franco ya había muerto (solito y en la camita: nadie de los que hoy se ufanan de haber corrido delante de los grises puede asimismo jactarse de haber acabado con él); había muerto, mas su cadáver aún estaba caliente, no sólo en la política. Curiosamente, la generación que lucha por cada futuro paso hacia la democracia no será la generación joven, sino la generación algo más madura (30-45 años), ya que es ésta la que puede combatir en los despachos y no en la calle, pues es así como se quería combatir (en una encuesta de 1976 el 49% de los españoles optaban por la Paz, el Orden, la Estabilidad o la Tradición como los valores preferidos; sólo un 13% escogía la Democracia o la Libertad). Los políticos de la generación del Rey o de Adolfo Suárez no son los representantes de grandes masas sociales y revolucionarias que ansían la democratización; sino que son ellos mismos, “en sí”, esas (pequeñas) masas que sueñan con el parlamentarismo partitocrático. Esto puede sonar duro (¿significa que España no es un país que aprecie su ordenamiento democrático? Sí, lo hace, pero *ahora* que es el *statu quo*, no *antes* de que lo fuera); con todo, es la mejor explicación de la inopinadamente “pacífica” Transición.

Broncano,
conversación privada.

Abel Hernández,
Historia de la
Democracia.

Excepciones: Vitoria,
Montejurra, terroristas...

Así pues, el Madrid del 77 es una ciudad donde de día en los despachos los adultos acaban de aprobar la Ley para la Reforma Política; pero de noche en la calle los jóvenes “pasan” (neologismo de la época) de todo ello, para ocuparse de cosas más serias, como la adquisición de hachís, la escucha y producción musical *pop-rock*, la adquisición de hachís. Una de las mejores sinécdoques de toda la Movida es el modo en que las antiguas imprentas alternativas dejaron de secretar clandestinos panfletos antidictadura concienciados-política-y-socialmente-a-conciencia para disponerse a expeler una caterva de fanzines que proponían precisamente la pérdida de conciencia y de consciencia. Y si los antifranquistas tuvieron la *Platajunta*, los afranquistas de la Movida coordinaron también su editorialismo en la PREMAMA, donde García-Alix, Ceesepe, Fernando Márquez y Martín Neira irían haciendo aparecer esporádicamente *Bazofia*, *Madrid Me Mata*, *Gratix*, *Kaka de Luxe* o *Cascorro Factory*.

Prensa Marginal
Madrileña.

M. Heidegger, Carta
sobre el humanismo.

Como en toda revolución, en el Madrid de la Movida comenzó a crearse un nuevo lenguaje para que lo habitase el nuevo Ser. Así, la palabra “movida”, habitualmente precedida del verbo “estar en”, y no referida hasta muy tarde al conjunto de los movimientos culturales que estaban acaeciendo (ya hemos visto las dificultades de estos revolucionarios para autocalificarse), sino sólo a los problemas de todos los días (de todas las noches), por antonomasia los referidos a las drogas.

J. Momba, *Historia de la Democracia*

F. Poblet, *Contra la Modernidad*; C. Díaz, *Nihilismo y estética*.

E. Tierno Galván, 1984, *Palacio de los Deportes*.

Programa electoral PSOE, 1982

El “rollo” era tanto el mejor sustantivo omnicomprendido de la nueva subcultura, como el mejor argumento para “pasar” (o, mejor, “passar”) de algo, actitud que llegó a escandalizar a los bienpensantes de izquierda y derecha más que cualquier otra proposición político-social. Los *grises* iban a empezar a ser los *maderos*; “colocarse” comenzaba a ser misión imposible en su significado antiguo de “encontrar un trabajo”, pero estaba al alcance de cualquiera en su nueva acepción de “consumir drogas”. “Quien no esté *colocao*, que se coloque” dijo el alcalde-filósofo en la inauguración de un Festival de 24 horas de Música; y no se refería a la nueva solución de su partido para cumplir la promesa de 800.000 nuevos puestos de trabajo, no...

Enseguida empezaron a perfilarse los centros de contagio de la inquietud creativa que parecía aquejar irremediabilmente a muchos de los ciudadanos más jóvenes de la capital. En los barrios de La Latina y Malasaña, locales como La Vaquería, el Pentagrama y La Vía Láctea fueron testigos de las primeras cepas del virus entre 1977 y 1979. La inauguración del club Rock-Ola en 1981 marcaría la plena madurez de la plaga. Las compañías de discos ya se atrevían a producir *singles* de la cáfila de grupos musicales que constituyeron la principal sintomatología de la enfermedad. A veces, incluso, *elepés*. Otra sinécdoque de lo que se estaba moviendo es la sustitución de las artes tipográficas por el vinilo como principal vehículo de transmisión de ideas. Adiós, Gutenberg, adiós.

M. McLuhan, *Galaxia Gutenberg*.

Paloma Chamorro...

“Pepi, Luci, Boom y otras chicas del montón”, “Laberinto de pasiones”...

La prensa sí que resultó importante, empero, como vocera de lo que ocurría en medio de sombras y humo de hachís: no en vano la profesión periodística compartía con la juventud del “rollo” su filia por la nocturnidad. También las películas de Almodóvar acometían la exportación de los ideales revolucionarios. Periodistas de radio y televisión se aliaron en el desembarco de la Movida en los medios a través de Radio 3 (aquella Radio 3 que promocionaba lo que las grandes discográficas a duras penas aceptaban) y de emisiones como *La Edad de Oro* y *La Bola de Cristal* en TVE. Este último programa, origen de su propio *long play*, representó en 1984 la apertura de la Movida hacia el colectivo de los que estábamos a punto de pasar a la pubertad, con Alaska como anfitriona, los inolvidables *electroduendes* de compañía y mucha, mucha música.

Alaska y Dinarama, S. Auserón, Loquillo y los Trogloditas, J.M. Cano.

Desde Madrid las ondas eléctricas de la Movida llegaban a toda España (versión censurada para nacionalistas: “a toda la Península Ibérica, menos Portugal”). Desde toda España (*vid.* paréntesis *supra*), las olas de lo que se movía confluían en el rompeolas chulapo: los gallegos Siniestro Total, Semen Up, Aerolíneas Federales, Os Resentidos y Golpes Bajos; los catalanes Loquillo y los Trogloditas, Los Burros-El Último de la Fila y Los Rebeldes; los valencianos Presuntos Implicados, Revólver y

Seguridad Social; los andaluces 091 y Danza Invisible; los vascos Derribos Arias, Duncan Dhu y La Dama se Esconde; los algeteños Los Nikis... Si a estos se unen los grupos *Made in Madrid*, la heterogeneidad da acertada cuenta de las heterotopías detectables en cualquier mañana del Rastro: Radio Futura, Aviador DRO, La Mode, Nacha Pop, Tequila, toda la saga de Alaska (Kaka de Luxe, Los Pegamoides, Dinarama), Ejecutivos Agresivos, los Vegetales, Gabinete Caligari, Los Secretos, Parálisis Permanente, Corcobado, Mecano... *Punkies, rockers, poppers, pijos, pseudointelectuales, countryers, tecno-aciders...* Lo hemos repetido múltiples veces: multiplicidad. Tribus diversas que se toleran con una tolerancia casi intolerable en esa casa de tolerancia que según Paolo Conte es España. Como siempre, el mejor baremo de la transigencia es el índice de conversiones pluridireccionales efectuadas, y estas no han faltado en la Historia que el Madrid de los 80 inauguraba: Alaska ha pasado de la estética *punkosa* a la *tecno-acid* y luego a la *bakalaera*; José María Cano de ser un pijo en *Mecano* a un pseudointelectual en *Luna* (con el intervalo *tecno* de *Ya viene el sol*); José Manuel Casañ (Seguridad Social) abandonó el *punk* para coquetear con cierto *rap* y ha acabado haciendo un interesante mestizaje de tonos latinos en su etapa actual...

Vita di sosia

Traducción libre de
"punk" por Los Nikis en
"Rosa es punkosa"

Que te voy a dar.

Furia Latina.

Toda la revolución empezó a recabar la atención extranjera hacia 1983. Andy Warhol visita la villa. La prensa internacional detecta la posibilidad de atractivos titulares sobre la joven democracia hispana en esta urbe generadora ya incluso de sus propios *punkies* (eso sí, no-violentos, como la Transición, a diferencia de sus homónimos ingleses). Vattimo (ya se vio) no nos quita ojo. Lo que ocurre en Madrid resulta paradigmático para la polémica de la *Postmodernidad*. Hacia el 85 aterrizan en Barajas numerosos forasteros ansiosos de experimentar qué es eso de la Movida, y de convertir a Madrid en capital europea de la noche festiva.

Roberto "el Electrón",
Mujeres, XI-84.

La Luna de Madrid.

Desgraciadamente, fue entonces cuando todo empezaba a diluirse, como en cualquier revolución exitosa, expeliendo hacia el resto de la Humanidad sus esporas. Hoy, ya no es extraño que cualquier intelectual serio pueda elogiar los beneficios de cosas como la *telebasura* incluso. Hoy, nadie puede aspirar a calificarse de medianamente culto desconociendo absolutamente todo de la música *pop*. Y hoy, hasta los madrileños reconocen que hay más marcha con nocturnidad y alevosía en Salamanca que en Madrid.

X. Rubert de Ventós,
El País 9-XII-97

Maribel Verdú,
conversación privada.

(No pregunten ya por el Rock-Ola, cerró en el 85. Y, aunque siguiera abierto, la nueva figura de cancerbero protector a su puerta en forma o bien de musculoso uniformado o bien de precios prohibitivos, con toda seguridad no les dejaría pasar).

VII

Apartado IV

<http://www1.uniovi.es/musica/fact1/movida.html#MOVI>

Javier Memba, *Historia de la Democracia*.

G. Vattimo, *La sociedad transparente*.

Primera Línea, VI-89.

F.M. Cornford, *La armonía de las esferas*.

F. Nietzsche, *El origen de la tragedia griega*.

The Beatles.
John Lennon.

Simon & Garfunkel.

The Beatles.

Bob Dylan.

D. Salvadó.

W. Benjamin, *Tesis sobre Filosofía de la Historia*.

Suite Opus 25, 1921.

Un filósofo, una ciudad y un arte. Corresponde ahora lo del **ARTE**. Antes hemos descrito una serie de experiencias estéticas que permitirían a quien viajase en el tiempo al Madrid de los 80 “ponerse al loro del rollo” mejor que si estudiase los volúmenes que un amigable librero le ofrecería en aquel mismo tiempo/ciudad. Entre las artes mencionadas, generalmente se ha venido considerando que la fotografía, el diseño, el cómic y el cine eran las más representativas de lo que pasó. Pero en este listado resplandece por su ausencia la manifestación artística indiscutiblemente más relevante: la musical. Y si no lo hicimos fue porque, en realidad, la música no es una manifestación de la Movida, sino que la música es la Movida. Quizá el único rasgo común entre las heterotopías de entonces sea su pasión por la música, aparte de la tolerancia con los demás dialectos heterotópicos por la conciencia de la propia dialecticidad. ¿Tiene algún motivo la coincidencia de precisamente estas dos características, entre sí aparentemente inconexas, como únicas notas comunes? Creo que sí, pero para explicarlo he de describir antes brevemente cómo fue aquella melomanía que hizo al impío pegamoide Nacho Canut aseverar que “la música es como una religión”.

Porque melómanos ya eran los pitagóricos e incluso los más cercanos revolucionarios del 68, quienes elevarían a los altares del mito a *Beatles* y *Rolling Stones*. Pero la filarmonía de los 80 fue bien distinta. Cabría llamarla el primer movimiento melómano de tono dionisiaco desde tiempos de la tragedia griega, si no fuese una *contradictio in adiecto* suponer que las restantes fueron melomanías apolíneas.

Y es que el 68 nos huele a apolíneo por la pureza de muchos de los sentimientos que se proponían transmitir (*Help!*); por la seriedad con que se trataba de ser inconformista (*Give peace a chance*); por el calado intelectual que se pretendió imprimir a muchas de las letras (*The sound of silence*); o por la mística metafórica que recubría a menudo subrepticias referencias a las drogas (*Lucy in the Sky with Diamonds* como acróstico del L.S.D.; *Mr. Tambourine man...*). Son mucho más desenfadados los 80; o, por decirlo con el lenguaje de Alaska, *petarderos*; o, por decirlo en el lenguaje de la filosofía, dionisiacos.

La Historia de la Música (que es, como toda Historia, la de los géneros vencedores) sufre en nuestro siglo su peculiar conmoción: la línea dinástica de lo que se conoce como “Música Clásica” (Monteverdi-Bach-Mozart-Beethoven-Schubert-Brahms) ya se había tambaleado por los zarandeos que primero Wagner con sus vertiginosas modulaciones y luego Debussy mediante escalas de seis sonos habían infligido a la clásica tonalidad. Ésta sería definitivamente despedida gracias a la dodecafonía de Schönberg, y, tras las obras de los herederos Stravinsky o Bartók, nos

X. Aviñoa, *Decennium*
Años 70.

encontramos con que no ha habido en la música occidental sucesores que mantengan a la “Música Culta” en el trono de la cultura musical. En otras palabras: nadie sería considerado hoy falto de cultura general por no saber de Stockhausen, pero sí al no haber oído hablar de los Beatles. Hoy sólo resultan relevantes para la cultura global intérpretes que rememoren la hegemonía pasada del clásico compositor (Karajan, Muti, Domingo, Caballé...), lo cual acrecienta la sensación de que tales glorias ya pasaron. Y es que la dinastía reinante en el país de la música quizá ha dejado de ser la de la “Música Clásica Culta” para heredar sus derechos la “Música Ligera Popular”, cuyos ancestros genealógicos ya convivieron con aquel declinar que la pérdida de la occidental tonalidad (podría pensarse que) supuso para la Música Culta. En efecto, la nueva casa reinante en el arte del sonido tiene sus antecesores en el *blues* y los *spirituals* negros, seguidos del *jazz* de *fin de siècle* y, a través del *rythm and blues* y el *rock and roll*, da el golpe de estado que le permite el acceso a la hegemonía de la cultura musical en la revolución de los 60. Hegemonía, evidentemente, desde el principio discutida por la anterior dinastía, al modo de una contemporánea guerra de las Dos Rosas, y que es poco probable que se resuelva, como la del siglo XV, en pacífico maridaje entre las rivales; por más que Pavarotti se empeñe en cantar a dúo con los *U2* y que a los Tres Tenores se les antoje ofrecer conciertos multitudinarios a lo *Guns and Roses*.

La Nación (Buenos
Aires), 25-IX-96.

En la transición de una dinastía a otra ha habido múltiples pistas que muestran como ese cambio no ha sido meramente nominal. La Dinastía Clásica cuidaba intensamente el aspecto armónico de los pentagramas, con instrumentaciones complicadas, mientras que las melodías habían llegado a perder toda importancia en los epígonos de la familia, tan reacios a toda intención narrativa o descriptiva y fanáticos de esa abstracción máxima en teoría esencialmente inherente al arte musical. (Schönberg llegaría a comentar de su discípulo Webern que sus obras sólo podían comprenderse por “quienes acepten que con los sonidos no puede expresarse sino aquello que únicamente con ellos puede expresarse”). Por el contrario, en la Dinastía de la Música Ligera, *rock* en sentido amplio o *pop-rock*, la armonía pierde importancia (sus orquestaciones son diminutas en comparación a las orquestales, se experimentan elementos casi desarmónicos como las guitarras eléctricas...) y las melodías cobran un poder casi absoluto. Además, la narratividad se refuerza por el casi unánime empleo del canto como factor imprescindible. Si a esto le unimos la entrada a través de tan modernos libretos de referencias a todo tipo de situaciones cotidianas que la Música Culta hasta entonces no había querido recoger (a diferencia de la Música Popular Tradicional, su eterna cohabitadora pero desde una situación de inferioridad para la jerarquía de la cultura), es evidente que se produce

A. Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*.

una **desintelectualización** de los contenidos y formas que habían sido clásicos en la esfera musical. La presencia de un ritmo básico, tamtámico casi, que la omnipresente percusión marca, coadyuva a corroborar esta impresión.

<http://ww1.uniovi.es/musica/fact1/alaska.html#ALAS>

Alaska y Dinarama.

Mondo Brutto, V-97.

Pues bien, creo que la Movida dio un paso más decisivo en este proceso de desintelectualización, que es en el fondo el tránsito de Apolo a Dionisos. En primer lugar, reduciendo la importancia del soporte armónico a límites insospechables: Alaska, por ejemplo, no aprendió a cantar medianamente bien hasta años después de transcurrida la Movida, y otro de los Pegamoides, Carlos Berlanga, consideró indignante que eliminasen sus notas a la guitarra en *No es pecado* por el “irrelevante” detalle de que tocaba (en sus propias palabras) “muy mal”.

Grandes éxitos, Alaska
y los Pegamoides y
Llegando hasta el final.

En segundo lugar, se avanzó en la desintelectualización subordinando las melodías a algo hasta entonces considerado irrelevante para la música clásica: el baile, esa bella epifanía de lo dionisiaco, lo irracional, lo corporal, lo subconsciente. Además, las melodías apenas tienen tiempo de lograr desarrollos mínimamente complejos: de los setenta minutos largos de la Novena Sinfonía beethoveniana, por ejemplo, se llega a los tres minutos escasos que tiene de duración media cada tema de los tres *elepés* de Alaska y los Pegamoides, por ejemplo también.

Siniestro Total.

Alaska y los
Pegamoides.
Alaska y Dinarama.
Los Nikis.

Mecano.

En tercer lugar, y último, las letras adquieren a menudo un tono de burla frívola y divertida, quizá heredera de *Los Ramones*, lo cual desdramatiza definitivamente la seriedad con que Amor, Lujuria, Drogas o Música eran tomados en los 60. Ya hemos dado múltiples ejemplos de este tono lúdico-dionisiaco en el Madrid de los 80, pero sirvan estos nuevos ejemplos de mosaico ratificador: *Cuánta puta y yo qué viejo*, *Las tetas de mi novia tienen cáncer de mama*, *Menos mal que nos queda Portugal*, *Me pica un güevo*; *¿Qué piensas de los insectos?*, *La rebelión de los electrodomésticos*; *La funcionaria asesina*, *Mi novio es un zombi*; Olaf el vikingo “que come carne cruda y ruedan las cabezas en caso de duda”, “Ernesto que te partirá la cabeza con un tiesto”; “Este cementerio no es cualquiera cosa pues las lápidas del fondo son de color rosa”, “Hawaii, Bombay: me meto en el baño, le pongo sal y me hago unos largos: para nadar lo mejor es el mar”.

Por supuesto hay igualmente muchos grupos y canciones de la movida que no aspiran a resultar hilarantes. Si la Movida no tuvo norma alguna, hubiera sido ridículo que estableciera como regla la de hacer necesariamente el payaso. Formaciones como *Radio Futura* o *El Último de la Fila* destacan por un lirismo sincero y a menudo extraordinariamente bien logrado en su aspecto vocal; pero precisamente por ello han sido los más prontamente reconocidos desde capas intelectuales ancladas en la tradición vetero-dogmática de la estética, y en este punto no reflejarían bien lo peculiar y revolucionario que la ruptura

de la Movida supuso en España. Es curioso, en el campo del lirismo de las letras, lo ocurrido en este sentido con una canción de *Glutamato Ye-yé* que pretendía burlarse de ciertas poéticas cursis parroquiales mediante unas estrofas que tras exponer una serie de lugares comunes a los que su canto se dirigía (“canto a la flor del campo, canto al cielo, canto al mar...”) terminaban con el júbilo de un sarcástico “¡Canto a Dios!”. Pues bien, la ironía quiso que la realidad superase a la mofa, y ese meloso himno fue adoptado con gusto justamente por los círculos paracristianos a los que pretendía caricaturizar, mostrando que efectivamente había logrado dar en el clavo de sus gustos “estéticos” (y lo difícil que es todavía para algunos captar el género satírico, tantos siglos después de Lucilio.).

Rock Espezial, III-83.

<http://hubcap.clemson.edu/~fromero/canciones>

Ya que las letras (la parte potencialmente más racionalista del mensaje musical) eran generalmente retrotraídas a la región del lenguaje más irracional (el taco, el chiste, el juego de palabras), no provoca gran desconcierto que el pegamoide Nacho Canut, por ejemplo, reconociera que su método de trabajo se funda en la composición primeramente de una base musical a la que luego basta "meter casi automáticamente las letras, que suelen ser frases inconexas pegadas que no tienen sentido" (algo que ya podía barruntar cualquiera con sólo haber leído tales textos). Y tampoco asombra que los descendientes de los susodichos Pegamoides y la diva Alaska (quizá el conjunto más emblemático de la Movida) hayan venido optando en su actual proyecto (Fangoria) cada vez más de propósito por la música hecha expresamente para la pista de baile (primero el *disco*, el *house*, el *acid* y el *new beat*, para arribar a la música electrónica, el hispano *bakalao* y la *trance music*). Consecuentemente, en un punto semejante acaba por abandonarse la palabra y se deja al imperio de las remezclas instrumentales la labor de alcanzar, mediante melodías llevadas a su expresión mínima (meros ritmos repetidos obsesivamente con levísimas variaciones) que el ¿sujeto? que lo oye y, más propiamente, lo baila, alcance sensaciones o estados más allá o más acá de lo consciente. Sería ésta la herencia "lógica" del anhelo dionisiaco de la Movida, y el nuevo grupo de Alaska lo consumiría de un modo proverbial; bien es cierto que no es el único género existente en un mundo del *pop* que conserva la heterogeneidad originaria de la Movida, pero sí que es según los entendidos el mayormente prometedor; además, de algún modo consigue infiltrarse en todo el resto a través de las ubicuas versiones remezcladas que copan los *cd-singles* y los *extended plays* de casi cualquier otra composición.

Rock de Lux, VI-89.

Fangoria, Un día cualquiera en Vulcano, Super Extended Play 3.0

Metrópolis, TV2, 19-XII-97.

Postular que la música *bakalao* es la herencia final de Bach a través de Schönberg, el *jazz*, el *rock* y la Movida puede sonar a mera *boutade* de neófito. Quizá se le pueda dotar de mayor plausibilidad a tal ocurrencia si consideramos que nuestra cultura es etiquetada por serios estudiosos, a

M. McLuhan, *La Galaxia Gutenberg, El medio es el mensaje, Contraexplosión.*

G. Risco Fernández, *Aquel que se comunica sabe, y el que no, no sabe nada.*

J.J. Rousseau, *Ensayo sobre el origen del lenguaje.*

U. Eco, J. Grotowsky, A. Koprov.

Alaska, *Crónicas Marcianas, Tele 5, XI-97*

los que cuesta trabajo imaginar danzando *bakalao*, como aquella del retorno a la preponderancia de lo "visual-sensitivo" tras el interludio de lo "intelectual-alfabético" que el lenguaje escribible inauguró y que el invento de Gutenberg coronó. El cine, la televisión, Internet nos colocan ante una realidad pluridimensional, inmediata, irreflexiva, hipertextual, multimediática, en la cual las categorías del anterior pensar analítico, lineal, individualista, aséptico (por la falta de compromiso que consentía el "Imperio del Ojo"), ya carecen de sentido. Por lo tanto también está falta de él una música que sólo vale para ser escuchada, observada por el sujeto analítico desde su butaca frente al escenario del auditorio. La vuelta a lo sensitivo hace que se rescaten valores basales para el primitivo hombre prealfabético (mimo, danza, corporalidad, acústica fónica -que no fonética o fonológica): la música ya no aspira a ser escuchada sino a ser vivida desde todas las dimensiones antropológicas: movimiento (baile), oído (ritmos básicos), vista (luces, colores, reflejos), subconsciente (estados inducidos con todos los elementos ya citados y la posible colaboración de drogas). La participación que hoy permiten el concepto de "obra abierta", de teatro participativo "de acción directa" o de *happening* desciende del elitista escenario de la sala de conciertos hasta la democrática pista de baile de la mano de la música electrónica, *bakalao* y *trance* actual; y estos ritmos son consiguientemente el mejor exponente de nuestra civilización tecno-tribal en vías de recuperar las perlas de las culturas condenadas a muerte por la Ilustración: chamanismo, tribalismo, primitivismos... ¿No se dice hoy que la juventud se compone de tribus urbanas?

En cualquier caso, sea o no el *bakalao* quien ostenta la primogenitura legítima de la Movida, lo cierto es que ésta estatuyó un momento de desintelectualización y debilitamiento de las certezas dogmático-racionalistas. Lo cual facultó tanto para, por un lado, la apertura a otras tribus como para, por otro, la pasión por el género musical en la evolución dionisiaco-irracionalista que se le imprimió. He aquí, entonces, que responden a un mismo hálito las dos únicas patrias comunes de todos los secuaces de la Movida: tolerancia y filarmonía. *Quod erat demonstrandum.*

(Me gustaría terminar, sin embargo, el apartado dedicado al arte de la revolución de los 80 relatando tres aspectos que no abundan en el expuesto argumento de la música como esencia artística de los 80 madrileños vinculada al pluralismo tolerante, sino que simplemente certifican mediante detalles del mundo de la estética tres de las marcas distintivas que hemos otorgado al movimiento madrileño.

*Por ejemplo, la **autenticidad** de que los adalides de los 80 hicieron gala. ¿No es prueba de gran sinceridad y nobleza que Alaska haya ido abandonando modestamente su rol de cantante -para el cual, es

Un día cualquiera en
Vulcano, A la felicidad
por la electrónica.

Alaska, Crónicas
Marcianas, Tele5, XI-97.
Fangoria, A la felicidad
por la electrónica.
D. Salvadó.

cierto, no estaba especialmente dotada- en las más recientes ediciones de su proyecto actual? Otros revolucionarios de otras revoluciones, como Bob Dylan y la del 68, a pesar de sus también patentes carencias en esta misma habilidad del canto, han seguido ejerciéndola incluso con edades avanzadas y delante de un Papa Juan Pablo II de edad más avanzada aún.

*Por ejemplo, la **tolerancia**, que en gustos estéticos musicales alcanzó cúlmenes difícilmente superables en el resto de la Historia. ¿No debería figurar en el libro *Guinness* de los récords que alguien como Alaska posea un gusto estético que le autorice simultáneamente a disponerse a remezclar al dinosaurio Camilo Sesto y a colaborar en las producciones *bakalaeras* de un Big Toxic mientras confiesa su admiración por *Billy Jean* de Michael Jackson? Me extrañaría mucho averiguar que los Rolling Stones habrían estado dispuestos a algo semejante con un Tom Jones, pongamos por caso.

*Por ejemplo, la **pluralidad** de tendencias que asimismo batió antiguas plusmarcas. La variopinta escena musical ya ha sido presentada: pensemos ahora en la plétora que aparece en otro fenómeno artístico como la moda. Mientras que todos podríamos identificar fácilmente a la revolución del 68 con pantalones campana, camisas de cuello ancho y varios kilómetros de patillas, ¿con qué se debería asociar la revolución madrileña? ¿Con el *punk* peninsular de la Alaska del 78? ¿Con el *Kitsch* estrambótico de Paco Clavel? ¿Con los tupés y patillas *rockabilles* de 091? ¿Con el pelo rizado, medio corto y peinado con raya a un lado de Ana Torroja en su época tecno de *Hawaii-Bombay*? ¿Con la calva actual de Corcobado?.

VIII

Si después de la Modernidad llegó la Postmodernidad (?), después de la Movida llegó la **POSTMOVIDA** (??). ¿Qué ocurrió tras 1985?

Al principio, se produjeron intentos por parte de los políticos de reanimar un cadáver que se les había muerto justo cuando empezaban a apercibirse de los sustanciosos dividendos que les podía proporcionar. Fue la época y épica de la "Movida promovida por el Ayuntamiento", como cantó una banda postmovida. Subvenciones cuantiosas de esta institución y de la recién inventada Comunidad Autónoma Madrileña se aplicaron en los intentos de resucitar un fenómeno que quizá podía resistirlo todo, pero quizá no su politización. La excusa era que 1985 era el Año Internacional de los Jóvenes. Pero el alcalde-filósofo, único capaz de entender cómo lidiar con la Movida, había muerto, incumplido su

The Refrescos, Aquí no
hay playa.

sueño de devenir presidente del Gobierno. Y un gallardo niño gafotas asumiría la tutela de la Comunidad, sólo soñando con llegar a ser presidente del Gobierno. ¿Cómo no se van a politizar las cosas en una ciudad que cobija a tal Gobierno?

Otros motivos hicieron que otras tolerancias que inaugurase la Movida fallecieran por igual. Así aconteció con la tolerancia sexual. De la aún más libre (¿libertina?) ciudad de San Francisco recaló en el litoral ibérico el virus más truculento de este fin de siglo, el tempranamente hispanizado VIH, y su consecuencia, designada, también en román paladino, como SIDA. Su anclaje en costas carpetovetónicas se perpetró precisamente hacia el ocaso de la revolución de Madrid. Y aquello acarreó que muchas promiscuidades se castigaran de nuevo con la pena de muerte. Casualmente, cuando empezábamos a liberarnos de los miedos psicológicos, llegó el miedo biológico.

D. Fo, *Tengamos el sexo en paz.*

También las drogas cambiaron, como el sexo, su significación: de una *chance* principiaron a transformarse en una amenaza. La drogadicción comenzó a provocar estragos: ya no era divertido salir alegremente en busca de *cannabis*, sino que resultaba terroríficamente amenazante la perspectiva de perecer por sobredosis de heroína o de zozobrar en el hampa escarbando las pesetas con que pagar la ración diaria de coca.

El hontanar creativo de pandillas musicales se atascó. Los ya nacidos coparían gran parte del panorama musical de la década restante, quedando a su deceso escasamente reemplazados por el deseable relevo generacional. Algunos optimistas, con todo, afirman que no es que hoy exista una desertización galopante del terreno del *pop* celtibérico, sino que sólo sucede que se ha centuplicado el tradicional pavor de las productoras pudientes a apostar por lo novel.

<http://charpy.etsiig.uniovi.es/musica/fact1/uoise0.html>

Otros veneros artísticos padecieron avatares parejos. Algunos de los ya nacidos adquirieron estaturas internacionalmente relevantes: Almodóvar es de referencia obligatoria, pero modistos y artistas gráficos tampoco faltaron. Mas muchos se quedaron por el camino (a veces, como en el caso del pegamoide Eduardo Benavente, en sentido literal); y así el ecosistema madrileño, entre las emigraciones a Hollywood-NYC-París y las extinciones, quedó tan ralo que la multimillonaria capitalidad cultural europea del 92 pasó desapercibida para muchos de los propios chulapos.

De este modo la Movida, que nunca se había en rigor constituido, se disolvió. ¿Fue sólo un aborto? ¿Un espejismo aislado en el páramo productivo de la cultura española?

El dios abandona a Antonio.

"No digas que fue un sueño, nos gustaría, con Cavafis, repetir.

Porque, quizá, al igual que el Terror pareció anublar la Libertad, Igualdad y Fraternidad del 1789, quizá, lo que ocurra no es más que un aparente eclipse, quizá.

Algunos informes nos acreditarían para sostener tan osada esperanza.

Tal vez, por ejemplo, pese a todo (pese al SIDA), la revolución por la heterogeneidad sexual prosiga su avance triunfal (las victorias pírricas son al fin y al cabo victorias). Nuevas heterotopías han ido alumbrándose:

W. Reich.

*Observemos, verbigracia, el fenómeno de las asociaciones de vírgenes de ambos sexos que reivindican orgullosos (o, al menos, sin traumas) tal condición. El pláceme de la virginidad como opción es asignatura que siempre suspendió toda "Revolución Sexual". Sociedades que se autoproclaman "permisivas" condenan culturalmente la virginidad tras los 16 años como uno de los crímenes más execrables, aunque sus leyes, algo sordas, aún no se hayan hecho eco de tal posición. Es más permisivo, pues, abogar por la plena atendibilidad de la decisión de la Inmaculada Virgen María, más tolerante.

Marqués de Sade,
Juliette.

*Observemos también a esos seres que tanto adoran (y es adoración correspondida) a Alaska, las *drag-queens*. No son varones, ni mujeres, ni *gays*, ni lesbianas, ni bisexuales, ni travestidos, ni transexuales, ni transformistas; son un nuevo y ambiguo *tópos* sexual que nos llega cuando creíamos que ya estaba inventado todo en cuestión de sexos, refugio saciador de esa parte de nuestro erotismo que no queda colmado en las gamas al uso: el deseo masculino de ser mujer sin dejar de ser hombre.

No es pecado.

C. Berlanga, *Mondo
Brutto*, V-97.

*Observemos, por otro lado, el gradual reconocimiento que los homosexuales recaban (pese a la *homofobia* cuya existencia lingüística la RAE rehusa reconocer), abanderados bajo el himno *A quién le importa* que Alaska y Dinarama años atrás les proporcionara, hasta el punto de que ahora el autor de tal canción confiesa vivir casi sólo de sus derechos.

*Observemos, por último, algo tan simplón como el espontáneo beso callejero de dos jóvenes enamorados convencionalmente heterosexuales; pues bien, semejante trivialidad, antes de los 80, en España, podía ser tranquilamente causa de severa amonestación por cualquier transeúnte ocasional, que se sentía con plenos derechos para ella; hoy, en cambio, la opinión pública ha dejado a tales recriminadores en las regiones de la anormalidad.

R. Barthes, *Fragmentos
de un discurso amoroso*

En fin, Sexo y Amor **siguen** creando nuevos espacios que las morales dogmáticas **per-siguen** agostar; y de tal suerte se beneficia el mismo Amor, sólo amante de lo atípico (*átomos*), de lo distinto, de lo original.

A. Amenábar, *La
Mandrágora*, TVE 2,
17-XII-97.

C. Rigalt, XI-97.

Cabe pensar también que de los golpes que la Movida asestó a la Cultura Intelectualista, ésta jamás se recuperó. A finales del 97 un buen director joven de cine no tiene por qué fingir conocer profundamente a Buñuel, temeroso si no lo hace de desatar las iras del Club de los Entendidos; una finalista del Premio Planeta puede confesar sin empacho

"OTAN, de entrada,
NO", lema del PSOE en
1981.

A. Gramsci, *Los
intelectuales y la orga-
nización de la cultura.*
H. Dubiel, *Qué es el
neoconservadurismo.*
A. Barák, *conversación
privada.*

A.C. Danto, *Historia y
narración.*

F. Nietzsche, *Más allá
del bien y del mal*, 22.

su pasión por los *reality shows*; una Ministra de Cultura se atreve a reconocer que no conoce ni a Javier Tomeo ni a Santiago Segura (a resolver el segundo de estos desconocimientos se aplica otro de los textos de esta publicación); y un ex ministro, de Cultura también, pese a sus problemas con la gramática de los adjetivos numerales ordinales, llega a Secretario General de una OTAN a la que de entrada, sólo de entrada, había dicho que no.

Por otro lado, hoy ya sólo consideran que el Postmodernismo es mera frivolidad la vieja guardia que siempre se resiste al cambio de toda hegemonía cultural (alega en cambio esta vieja guardia que son los postmodernos los verdaderos conservadores de la confrontación; pero ya me contaron los eslovacos invadidos por los rusos en el 68 que también los soldados soviéticos, desde los tanques, les recriminaban por conservadores cuando defendían las novísimas políticas de Dubček).

El *bakalao* triunfa, Almodóvar triunfa (pese a la politiquería de *Carne trémula* en su frase final), la moda española triunfa, el *cannabis* triunfará... Con tanto triunfo, no es absolutamente mala la baza que la Movida nos ha legado a los que por entonces iniciábamos la adolescencia. No pretendo en absoluto que estos indicios sean tomados por efecto directo de los discos que *Alaska y los Pegamoides* pudiesen publicar. Tampoco cuando se expone que la Revolución Francesa propició la Constitución de Cádiz se insinúa una ligazón causal semejante a la de una pierna golpeando un balón y haciéndole avanzar. Lo que se quiere poner de relieve habitualmente es que el clima que facilita uno de los episodios históricos beneficia asimismo al otro, y que algo favorecería para la consumación del segundo acontecimiento el hecho de que con anterioridad el primero hubiese sido llevado exitosamente a fin. La revolución es un mero símbolo que colabora a interpretar en torno a ella signos de eventos de un sentido similar, y nunca es una causa en sentido fuerte (pero, ¿acaso hay aún causas, y no sólo interpretaciones?). De esa manera nos transmite la revolución de la Movida su benéfica influencia.

También es posible, admitámoslo empero, que los fenómenos contemporáneos sugeridos y el Madrid postfranquista no tengan nada que ver. Que la Movida fuese, contra Cavafis, un sueño. En tal caso sólo nos queda sorprendernos de lo premonitorio que resultó en muchos casos. Quién nos iba a decir que las ensoñaciones de aquella noche de verano, tras el concierto de *Radio Futura*, dentro de *El Sol* y entre fumatas de hachís, iban a verificarse. Quién nos lo iba a decir.

EXPLICIT.

A estas alturas del presente escrito, me temo que habré confirmado ya el temor que muchos de los lectores tendrían al comenzarlo: el de que un texto sobre Alaska había por fuerza de dejarles fríos. (También habré confirmado el de aquellos que temían que en un escrito sobre Alaska era seguro que caía algún chiste malo como éste).

En cualquier caso, lo que seguramente nadie temió (y ahora muchos se estarán arrepintiendo de no haberlo hecho) es que un texto sobre la vocalista de *Amor carnal* incluyese digresiones sobre el realismo ruso o la *Gaudium et Spes*. ¿Era realmente tan necesaria una excursión tan amplia por la Historia como la que hemos hecho para poder hablar de Olvido Gara, la Movida madrileña y la Postmovida?

Conversación en El
Moderno

La idea, debo confesarlo, de una contextualización tan historicista me la dio la propia Alaska en su estancia en tierras charras, cuando nos manifestó su deseo de estudiar próximamente la carrera de Historia, a pesar, como ella lo expresó, de que lo que se cuenta no es nunca lo que realmente ocurrió, algo que hoy ya sucedería en su opinión con la tan reciente Movida -en latinajos y tecnicismos: la Historia como *res gestae* y la Historia como *rerum gestarum* no coinciden. (Pero, claro, cómo iba a ser lo que se cuenta igual a lo que ocurre, si una cosa *se cuenta* y la otra *ocurre*).

M. de Certeau, *La escritura de la Historia*.

A mí esos deseos de Alaska por estudiar su Historia (la Historia es siempre *nuestra Historia*, por eso no pasa nada porque sea “*subjetiva*”) me hicieron aventurar que quizá la artística Movida sólo se pueda comprender desde el arte más riguroso que existe: el arte de narrar historias como si *realmente* hubiesen sucedido, el arte de narrar *la* Historia. Un buceo en tal comprensión lo constituye el escrito que el lector tiene en sus manos –o que hace mucho ya abandonó en la papelera. He creído que para llegar a la verdad, o al menos a algunas verdades, lo mejor era hacer Historia, esa “madre de la verdad”. Porque la narración es lo único que nos permite comprender sin cerrar el camino a otros modos de comprensión. Cuando alguien propone una teoría científica cree que es lígrimo hacerlo porque su teoría es la mejor o la única verdadera o la más verdadera. Cuando alguien narra es mucho más humilde: sólo aspira a ofrecer uno de los muchos cuentos posibles, y después de hacerlo, calla deseoso de oír otras historias, otras fantasías (no hay narrador que no sea también apasionado *escuchador*). (Otro paréntesis: en la frase anterior, no he empleado “cuento” en sentido peyorativo, aunque cueste trabajo en castellano emplear tal palabra sin que suene despectiva: “no me vengas con cuentos”, “este tío tiene mucho cuento” o “vive del cuento”, etc...). Como creo que sería contradictorio hablar del pluralismo de la Movida desde un tipo de discurso no abierto a la pluralidad, he hecho una narración que por su naturaleza postula otra pluralidad de posibles modos de ficcionar. No creo, pues, ofrecer en modo alguno *la* interpretación de la Movida, sino sólo una de las

M. Cervantes-
P. Menard, *El Quijote*.

Michel Foucault.

interpretaciones que nos revele las potencialidades del Madrid de la década pasada. Lo que sí que creo es en la obligatoriedad de hacer tales interpretaciones: hay que interpretar el presente, construir una ontología de él. Si no interpretamos el tiempo en que vivimos, vivimos en ninguna parte.

Espero que se entienda, entonces, que ahora no hago un mero epílogo galeato en defensa del historicismo de lo que he escrito, sino que añado una tesis a las ya expuestas: que el siglo inaugurado junto al Manzanares es el siglo de las interpretaciones, las historias y las narraciones, y que en respuesta a tal condición mi escrito ha sido como ha sido.

También espero que se entienda que no soy meramente retórico cuando afirmo que considero deseables otras narraciones totalmente diferentes a esta mía. Si “nombro” a Madrid capital del siglo XXI, eso no significa que a otras capitalidades las considere enemigas. (Ni siquiera soy madrileño). Sinceramente, desearía que alguien me narrase una historia donde, por ejemplo, Sarajevo fuese la capital del XXI, y que esa interpretación tuviese visos de pertenecer al género histórico y no, meramente, al de la ciencia-ficción. Si todos los bosnios olvidasen a qué etnia pertenecen a la hora de las relaciones mutuas (como vi que ya hacían Nešo, Azra, Boiana, Fatima, los Petakovič... cuando estuve allí) Sarajevo sería el mejor prólogo de un siglo en que la caída de las metafísicas de la Sangre, del Suelo o del Dios, y la tolerancia que ello conlleva, fueran la nueva Revolución, “más difícil todavía” (más tolerante, más debilitadora de “fundamentos” que se creen mucho más robustos) que lo ocurrido en la postdictadura madrileña. También me gustaría que Jerusalén fuese la capital del siglo nuevo. La pareja palestina que hace poco donó los órganos de su hijo, muerto a manos de la policía israelí, para otros niños, sin importarles la religión judía o no de los beneficiarios, serían un buen comienzo de otra Historia donde la capital yerosolimitana ocupase el lugar central.

“Blut, Boden...”,
O. Spengler, *La decadencia de Occidente*.

En lo que sí admito que soy (casi) algo intolerante, es en que me gustaría que todas esas narraciones conservasen el *Leitmotiv* de la que ha sido mi interpretación de la nueva época que ya ha empezado: que en todas ellas nuestro siglo XXI fuese ya aquel en que se abandonan las metafísicas del fundamento, o sea, los fundamentalismos, ya sean científicistas, nacionalistas o religiosos. Es claro que ellos son y van a ser el problema fundamental de este siglo tras la guerra fría. Lo que yo propongo no es que sean ya problema resuelto, sino que la tarea de la racionalidad interpretativa de nuestro tiempo y de la revolución que se emprenda (en Madrid, Sarajevo o Jerusalén) sea combatirlos mostrando lo implausible que es sostener el absoluto de estos Absolutos en tiempos en que las certezas se nos muestran débiles, en tiempos en que los dioses

M. Heidegger.

S. Huntington, *El choque de civilizaciones*

G. Vattimo-P.A. Rovatti,
El pensamiento débil.

F. Hölderlin

ya se fueron. Que la revolución que marque en su avance triunfal el siglo sea el debilitamiento de estas seguridades, y como reaccionarios (todo tiene su sombra, especialmente si camina hacia la luz del sol) se queden los metafisicistas, los de las certezas, los fundamentalistas.

G. Vattimo, *Más allá de la interpretación.*

Gorgias

F. Nietzsche, *La voluntad de poder.*

J. Habermas, *La Modernidad inconclusa.*

Aristóteles, *Metafísica.*

Φαίησις, en Heidegger

P.K. Feyerabend
Contra el método.

¿Es entonces el porvenir el del nihilismo? En cierto sentido, sí (quedan las certezas metafísicas debilitadas por la conciencia de su relatividad). Pero en otro sentido no: no es que nos quedemos con la seguridad de que nada se puede decir, nada se puede pensar, nada es; nada se puede proponer, nada es plausible ni verdadero. Este sería un nihilismo “patológico” y cómodo que constituye en el fondo una nueva seguridad y una pretendida Verdad Absoluta, con lo cual estaríamos básicamente como al principio en cuanto a actitud metafisicista: tan sólo habría un cambio de contenido. Y resultaría razonable que a la revolución tardomoderna se le acusase de conservadora y reaccionaria, como suele hacer más de la mitad de sus críticos; además de exponerse fácilmente a la crítica de resultar contradictoria en los términos en que se expone (“es verdad que no hay verdad”--¿??), como suele señalar la otra mitad.

¿En que sentido, pues, debiéramos ser nihilistas? ¿Qué sentido tendría nuestra conciencia de la debilidad de las verdades que se nos aparecen en el mundo? ¿Qué “enseñanza” habría que sacar consecuentemente de ello, que no fuese el mero (y fundamentalista) *anything goes*?

Creo que la respuesta a estas cuestiones en su faceta práctica nos la dio ya la Movida, y ha quedado escuetamente perfilada en las páginas anteriores; en lo que atañe a su faceta teórica, a mi parecer sería Gianni Vattimo quien ofrece de ella una más atractiva exposición, lo cual a la sazón explicaría que este piamontés se incline a conceder precisamente a Madrid el rango de capital del siglo, como más puro reflejo en el mundo real de las ideas que su cabeza cosecha. Básicamente, el busilis está en dejar de entender el nihilismo como preludeo de la Nada (aniquilación de valores, de saberes, de razones), para considerarlo más bien bajo la perspectiva del *debilitamiento* (sin desaparición) de las certezas metafisicistas. Ello significa mantener las propias certezas, valores, modos de acción, (se puede incluso crear otros nuevos); mas siendo consciente de que esos principios que organizan mi vida son mero ajuar provisorio, mera alforja personal, mero dialecto que, sí, me permite entenderme a mí mismo y a los otros, pero que no necesariamente ha de ser compartido (y menos, impuesto) a otras comunidades dialectales, que pueden con su dialecto entenderse tan bien como yo. Significa también que, al observar el propio fondo metafísico como endeble, el movimiento de apertura a otros acervos no me viene ordenado por un “principio moral” de misterioso origen, sino que es consecuencia “lógica” de la sensación de fragilidad de lo propio, que **invita** a la escucha de *lo otro*,

G. Vattimo, *Ética de la proveniencia.*

H.-G. Gadamer,
Verdad y método.

Platón.
Descartes.
D. Davidson, *De la
verdad y de la
interpretación.*

G. Vattimo,
*Introducción a
Heidegger.*

Rock de Lux, XI-84

*La transformación
de la filosofía.*

sin considerarlo a priori “equivocado”, en cuanto distinto a aquello que tengo por muy seguro racionalmente. La apertura se pone en marcha mediante el diálogo; como todo diálogo no es posible más que desde ciertos puntos de apoyo (desde ciertos *pre-juicios*), la herencia de valores débiles que me constituyen se revela a su vez condición de posibilidad de la comprensión en la escucha, y no sólo invitadora a dicha escucha. (La Historia, que estudia la composición de semejante legado, cobra una función visiblemente relevante en este proceso. Valga de nuevo ello en apoyo del “historicismo” de la presente composición). Otorgar al *otro*, a pesar de su desacuerdo con mi opinión, el derecho y la posibilidad de ser razonable (no estar loco o tonto), a través de la escucha que hago de él, es actitud que en el fondo pertenece a la milenaria vocación de la filosofía (pensemos sólo en el *Menón* o en el primer párrafo del *Discurso del Método*), algo que hoy reaparece con el nombre de “*principio de caridad*” desde filósofos nada beatos. Las tribus urbanas que no miran hostilmente a las demás, el clima de tolerante fecundidad creativa, los presupuestos propios que guían la producción pero que no impiden observar el interés de propuestas realizadas desde presupuestos absolutamente diversos, el abandono del empeño por una unificación de lo plural, la desconfianza en los propios presupuestos que sin embargo utilizamos como raíz de nuestra originalidad... todos estos trazos se “deducen” de una filosofía (ahora sí, en sentido más fuerte que en el que usan los entrenadores de fútbol) como la vattimiana; y se “perciben” en el cuadro que ofreció la revolución del Madrid de los 80.

Nos sorprendemos así fondeando en una promulgación de Vattimo como filósofo de la Movida, proclamación que en el apartado IV quisimos driblar. También en el título del presente escrito se produjo un regate similar. Pareciera según aquél que el filósofo de la Movida fuese Heidegger, y no un “mero” intérprete suyo. He de confesar que en la redacción de tal título me dejé arrastrar por el mayor empaque y sonoridad que un nombre en alemán daba al resultado final.

Espero que el lector no me lo tome en cuenta. A modo de excusa me gustaría reportar aquí una cita de Alaska, válida para todo el escrito ya leído: “La opinión de una persona no debería contar para nada, ni ser impresa” (el que paradójicamente Alaska supiese al pronunciarla que esta frase estaba abocada a la impresión, es lo que Apel llamaría una contradicción performativa; a nosotros simplemente nos parece uno de los más bellos ejemplos de sano escepticismo respecto a uno mismo); y advertir a quien se haya tomado en serio este escrito que debería, para mejor entenderlo, tomárselo más lúdicamente; y prevenir a quien se lo haya tomado como juego, de que debería, si quiere entenderlo verdaderamente, tomárselo más en serio.

¿No?

NOTA FINAL.

Agradezco a Roland Barthes (*Fragmentos de un discurso amoroso*) la idea general para el sistema de las citas bibliográficas y personales (que en mi caso son además fonográficas, televisivas, cinematográficas y electrónicas). Con todo, no he proporcionado las referencias completas al modo en que lo hace Barthes, con el deseo de evitar al texto más fárrago del que yo solo ya soy capaz de provocar. Si alguien deseara conocer alguna citación con mayor exactitud, se la proporcionaré gustoso en al cuenta de correo electrónico *mqp@usal.es*. He de agradecer también a Paul K. Feyerabend (*Adiós a la razón*) esta idea de un método más personal para ofrecer las referencias bibliográficas (que en su época, lamentablemente, era aún sólo el correo convencional, *snail mail*).